

MAÑANA.

Las tropas de voluntarios llegadas de Euskadi reforzaron el frente de Salamanca proporcionando un pequeño respiro que a duras penas permitía alegrarse. La guerra estaba perdida de antemano, había que mantener las posiciones mientras fuera posible para organizar la evacuación del superpoblado Reino de España. Los gobernadores militares de Zamora y Segovia no podían abastecer a los miles de desplazados que cada día lograban atravesar las fronteras. En los campos de refugiados el reparto de alimentos acostumbraba a terminar en masacre. La ayuda de las Naciones Unidas se retrasaba por el acuerdo entre Israel y Palestina que impedía al Consejo de Seguridad reconocer al gobierno militar español. Además el reconocimiento de la libertad de credo en Al Andalus había sido una hábil maniobra del Califa con la que consiguió que muchos (cientos de miles) africanos y sudamericanos prefirieran quedarse en el sur, que comenzaba a recuperarse de los efectos de la guerra, antes que desplazarse al inestable norte. La espuria definición de Al Andalus como estado aconfesional unida a la firma por sus representantes de los más importantes convenios internacionales de protección de los derechos humanos, permitieron nuevas alianzas, sobre todos con países del tercer mundo que llevaban décadas esperando el momento para «vengarse» del opulento norte. Varios ejércitos subsaharianos se ofrecieron para reforzar el frente catalán y hacer posible la invasión de Francia. Tras varios siglos ellos volvían a escribir la historia y, mientras

el Regente llamaba a la larga guerra española “invasión”, el Califa, y con él la mayor parte de la comunidad internacional, la denominaba «reconquista.»

El Regente, desde su despacho en la planta decimoctava del Pazo de Raxoi, intentaba imaginar como se hubiera visto la catedral desde aquella ventana de continuar existiendo. Habían pasado ya cuatro años desde el ataque a Santiago de Compostela con el que había empezado todo, cuatro años desde el bombardeo masivo a la ciudad santa que distrajo los esfuerzos del ejército, mientras comandos especiales tomaban los cuarteles. El ataque sincronizado a Compostela, Roma y Jerusalén, dejó a España sola en el concierto internacional porque las prioridades eran otras. Era necesario no reavivar la recientemente solucionada cuestión Palestina, sustituir al Papa,... ¿qué importaba España? El CNI desconfió de los estadounidenses e israelíes que llevaban tiempo buscando una zona de conflicto lejos de sus fronteras. El Presidente del momento apenas podía creer que sus aliados hubieran proporcionado los medios a los ejércitos islámicos, pero ¿quién si no? La República Francesa desde el primer momento prestó su apoyo incondicional pero el vertiginoso ascenso de los partidos de radicales religiosos (católicos, musulmanes y judíos) en su Asamblea Nacional maniató al ejecutivo que se limitó a gestionar la ayuda humanitaria exterior.

Compostela era una ciudad caótica que albergaba la sede del Gobierno y la Regencia en un complejo de edificios construido sobre las ruinas del Pazo de Raxoi frente al solar en que, en su día, se alzó la

catedral. El resto de la urbe era un conglomerado de escombros, chabolas y edificios de nueva construcción en los que intentaba sobrevivir una población depauperada y enferma. En otras ciudades, aún no bombardeadas, se mantenía un aspecto semejante al de antes de la guerra pero la suciedad, la falta de suministro eléctrico y de agua potable las había convertido en inhabitables. La población se concentraba en el campo y desde todas las comarcas se organizaban caravanas con destino al Portugal Libre y a Euskadi con el fin de abandonar el infierno en el que se había transformado la península Ibérica.

A las diez y media de la mañana Atila, el histórico dirigente de ETA, entró en el Pazo de Raxoi. Había escapado de la cárcel de Málaga aprovechando un motín y el Lehendakari lo había detenido cuando intentaba pasar a Francia poniéndolo inmediatamente a disposición de las autoridades españolas. No era el momento de presos comunes pero el «Gobierno Provisional del Reino» tenía como primera premisa, siempre que fuera posible, mantener la normalidad constitucional, además Atila era un asesino deleznable y no podían hacer la vista gorda. El gobierno lo trasladó al campo de concentración de Ponferrada. Allí ofreció al Director su colaboración para revelar la localización de los zulos que ETA tenía en territorio no ocupado y que podían ser utilizados por el ejército aliado. El Regente apenas tenía opciones, el recrudecimiento de los ataques estaba minando la moral de sus tropas y creía necesario dar un golpe de mano. Accedió a reunirse con el terrorista en Raxoi.

-«Tenemos Napalm», dijo Atila.

-« ¡Hijo de puta!», gritó el Regente dando un puñetazo en la mesa.

Se levantó y abrazó al asesino: «¡Grandísimo hijo de puta!»

Las recomendaciones del General en Jefe eran claras sólo con ataques indiscriminados a la población civil lograrían desestabilizar al califato andalusí y el Napalm de ETA, si realmente existía y estaba bien conservado, era una oportunidad única que les daría tiempo en tanto la ONU no enviaban los esperados refuerzos. El Regente sabía que esos ataques eran necesarios pero guardaba silencio porque no conseguía que le sonasen ajenos los nombres de Madrid y Granada.

El depósito de Napalm estaba en las afueras de Pamplona lo que exigía a la Regencia negociar con el Lehendakari. Sabían que el presidente vasco no aceptaría el uso de las armas de los etarras. Euskadi resistía los embates de los andalusís con un escaso ejército aprovechando las ventajas que le daba su orografía, su frente apenas había retrocedido diez kilómetros en tres años, pero si España caía Euskadi estaba condenada a la anexión. El Regente llamó al Lehendakari: “He hablado con Atila y pone a nuestra disposición su arsenal. Tiene Napalm en Pamplona.»; «¿Estás pensando usarlo? Casi he convencido de tu legitimidad a la ONU pero un ataque masivo a la población civil fortalecería al Califa y más bajo presidencia estadounidense del Consejo de Seguridad... ¡Despierta! ¡Hemos de abandonar la península!»; «No podemos abandonar», replicó poco convencido el Regente, «¿Dónde iremos? Diez millones de personas, ¿un

éxodo?»; «La Unión Sudamericana ha ofrecido asilo a todos los refugiados, sólo ellos tienen medios...»

Nota del editor:

Este «esbozo para un relato» es obra de mi querido amigo Alejandro Pérez Sánchez, opositor a la carrera judicial y escritor vocacional. Dos meses después del nefasto once de marzo de 2004 me lo envió por correo para que le diera su opinión. Tras leerlo conteniendo la respiración, como sin duda habrán hecho ustedes, le llamé y le dije. «Me gusta mucho. Tienes que continuarlo.» Por una de esas ironías de la historia falleció en el atentado que, según las últimas investigaciones, un grupo vinculado a Al Qaeda cometió contra la Audiencia Nacional el 6 abril de 2005. Él se dirigía a examinarse al Tribunal Supremo cuando el camión bomba estalló. quede este relato en recuerdo de Alejandro y las víctimas del terrorismo.

Sergio B. Landrove.

Mañana es un relato de Sergio B. Landrove que se distribuye bajo una licencia:

Creative commons Reconocimiento-No comercial 2.5 España.

Más información en:

<http://creativecommons.org/licenses/by-nc/2.5/es/legalcode.es>

Los derechos derivados de usos legítimos u otras limitaciones reconocidas por ley no se ven afectados por lo anterior